

*cubierta con las sábanas  
y esa tristeza que me quedó de anoche.  
Indefensa, en posición de nacer,  
Añoro esa amplitud  
que me hincha a veces  
como a las palomas.*

Ralph W. Emerson escribía en una ocasión: "La poesía es el esfuerzo continuo para expresar el alma de las cosas, ir más allá del cuerpo bruto y buscar la vida y la causa que la hace existir". Esta ha sido la labor permanente de Cecilia Casanova.

FRANCISCO ORREGO VICUÑA.

<https://doi.org/10.29393/At402-127RBAL10127>

*El retorno de los brujos*, de LOUIS PAUWELS y JACQUES BERGIER  
(Le matin des magiciens). *Introducción al realismo fantástico*.

Plaza & Janés, Barcelona; 1ª, 1961; 2ª, 1962

(Original, Gallimard, 1960)

Un día los surrealistas quisieron cambiar la vida y transformar el mundo. Ese espíritu les movía en nombre de Rimbaud y de Marx. Sólo revelaron, a través de nuevas técnicas literarias, hondas ansias del inconsciente colectivo de la raza humana; ellas nacieron el día en que quedó Adán separado del Paraíso, y tal vez provocaron la extinción de hiperbóreos, lemurianos y atlantes.

En nuestra década del 60, ese movimiento del alma se llama *realismo fantástico*. Es de buena cepa francesa y por eso excelente. Es una posición ante el futuro que nos aguarda, enigma del cual se está oyendo hablar desde el día que nacimos, con aquellos lenguajes ostentosos de crisis mundial, caos del siglo, umbrales de apocalipsis. Un signo se alzó como un hongo siniestro para poner en la picota toda nuestra suficiencia de civilizados: la bomba atómica. El realismo fantástico nos trae una visión distinta del exacerbado terror de las radiaciones. Un optimismo singular aventaja el aire que respiramos con brisas de sentido común y esperanza. Acaba con el monstruo filosófico de "la decadencia de Occidente".

No considero que ese ánimo se funde en el mito del progreso indefinido de las ciencias sino en una fe laica en la naturaleza creadora, cuya expresión más alta es el hombre. Esta fe contiene un sentido cósmico de la vida y en este orden alcanza una comprensión real en el seno del cristianismo. Es aquí donde Tailhard de Chardin tiene la palabra.

El realismo fantástico quiere ser una nueva disciplina del pensamiento para alcanzar una lucidez distinta a los postulados que siempre nos han limitado entre las márgenes de la razón. Su fundamento —me parece— es un principio poético: no rechazar los hechos extraños al control de los métodos científicos y mirarlos con todas las posibilidades de la imaginación. Esta "loca de la casa" asaeteada por la intuición es capaz de ver, y ningún descubrimiento de la naturaleza ni de la creación artística ha sido posible sin sus claridades. Nada llegará jamás a la inteligencia sin una anticipación imaginativa. El que no entienda esto se verá condenado a contar con los dedos el

orden de la realidad, en el cual nos movemos, vivimos y asaltamos para hacernos más hombres.

A la luz del libro prodigioso de Pauwels y Bergier podría reseñar algunos puntos que despierta, en ese ámbito de ir más allá de las posibilidades que el conocimiento y la creación artística ofrecen al hombre de hoy, puesto su corazón en el deseo de ser "contemporáneo del futuro": vivimos con zonas enormes de ignorancias sobre el mundo y las disciplinas humanas y científicas, sin visión para interpretarlas y hacer parte nuestra la más mínima ecuación matemática o el verso mágico del poeta que engendra entendimiento. Apagamos por indiferencia intelectual toda intuición sobre las intercomunicaciones del alma y del cuerpo, y así mantenemos completo desconocimiento de nosotros mismos. Carecemos de sensibilidad cósmica para entender siquiera los hechos que se viven, siempre disminuidos en una perspectiva menor de políticas y de sentimientos baratos. Nunca cogemos unidad interior suficiente para mirar el pasado, el presente y el futuro imbricados, nos pegamos como niños abandonados en cualquier estadio del tiempo, y así el universo nos es fábula y no nuestro habitat. Jamás manejamos nuestras facultades con armonía, unas las ponemos en pugna con la otra por ancestrales prejuicios. Mucho menos nos esforzamos por mirar la infinita realidad que nos rodea, más allá de las oposiciones ideológicas del mundo contemporáneo, no porque se pueden difuminar efectivas visiones distintas y enemigas, sino porque es preciso realizar encuentros superiores, sin concesiones, pero sí con la voluntad de ser hombres que se ayuden a salvar la vida y alzarla a una colaboración redentora, según la lección de Cristo. Creemos en abismales distinciones de razón e imaginación, olvidados de la unidad inaudita del compuesto humano. Nunca sospechamos la espiritualización de la materia, sobre la cual el Catolicismo tendría mucho que ilustrar. Tampoco estamos dispuestos a descubrir ciertos parpadeos corpusculares que engendran los fenómenos puramente espirituales. Y mientras la poesía se escapa de los libros de los hombres, hoy debemos buscarla haciéndonos "contemporáneos del futuro".

El realismo fantástico contiene ya una serie de asuntos, cuya coherencia interna no he aprendido a ver claramente, en su más íntimo secreto, pero cuya explanación va creciendo, más allá de conferencias que ocurren en París, con el título de "conferencias Planete", nombre de la revista inaudita que publican los autores del libro que interpretamos, una de las más bellas publicaciones que se han dado en nuestros días, tanto en los textos alucinantes como en la diagramación perturbadora. En esta publicación, como en el libro de partida, éste de los magos, hay la actitud impávida de decir ante hechos sorprendentes: "Et pour quoi pas?". Tengo la impresión de que se presentan fenómenos literarios con el mismo valor de hechos científicos, en la medida en que las letras pueden poseer videncia poética. Esto está dentro del régimen que no quiere negar la búsqueda de situaciones límites de la inteligencia, más remotas que cualquier positivismo realista, como un "futuro anterior".

Hemos tocado uno de los asuntos más caros al realismo fantástico: la mirada a un pasado no inmediato sino bien lejano a lo que los arqueólogos

suelen considerar con su rigor ciego: esa sospecha inaudita de las posibles civilizaciones perdidas que alcanzaron un desarrollo técnico semejante o superior al nuestro. En el libro vienen datos insospechados: pilas eléctricas antiquísimas en un museo de Bagdad. Y qué hablar de los enigmas de monumentos indescifrables por luces arqueológicas: Tiahuanaco, Isla de Pascua, terrazas del Líbano, de Baalbek, pirámides egipcias, fenómenos que sobrepasan las posibilidades técnicas de sus días, y para los cuales se habla ya como lugar común opinante de "huéspedes del cosmos", los que habrían construido...

No hablaremos de estas fantasías tan deseables en nuestros días, cuando ya no se considera como delirio imaginar otros mundos habitados, de los cuales nos hablan en el siglo XVIII, un Feijóo tanto como nuestro excepcional Manuel Lacunza. Concluyamos moviendo el teclado de este nuevo mundo de visión y arraigo en la realidad, diciendo que las letras propiamente tales tienen un papel preponderante en el realismo fantástico, hasta el punto que nos parece que ellas son usadas con la misma libertad y en el mismo nivel que los hechos científicos. Suelen citar una novela de ciencia-ficción para ilustrar temas diversos, como vemos en Serge Hutin, y en muchas páginas del libro que comentamos, por la sencilla razón de que no se trata de aplicar los rigores metodológicos sino un esfuerzo de entendimiento más allá de esclavitudes racionalistas.

Otro días nos referiremos a las observaciones cibernéticas, parasicológicas y de otros órdenes del realismo fantástico que ha tenido en nuestros días la gracia de hacernos pensar en cuerpos resucitados, porque parecería ser que este movimiento espera la superación total de nuestras limitaciones, del mismo modo que el cristianismo espera la resurrección de la carne, con la diferencia de que éste la alcanzará en un orden "fabuloso", por vía de fe; en cambio, ese mundo científico-literario, lo quiere engendrar por obra y gracia de una evolución indecible, con total olvido de la absoluta realidad de la herida original que estropea todas las cosas, pero que permite luchar siempre.

El realismo fantástico es una posibilidad de total integración humana. "Le matin des magiciens" pone en olvido las miserias de la vida, y abre la perspectiva de una literatura diferente.

A. L.

*Páramo salvaje*, de MARÍA ELENA GERTNER. Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1963

La nueva novela de María Elena Gertner: *Páramo salvaje*, pertenece a esa especie que han dado en llamar "la literatura del pecado y de la gracia", como el título de un libro de P. H. Simon. Esta denominación es más expresiva que aquella de "novela católica". Y ya se difunde por medio de sacerdotes jóvenes, llenos de sabias conferencias, que no andan diciendo como otros, de los inconvenientes de Graham Greene o de lo discutible de Bernanos, y autores "más peligrosos" que el Espíritu Santo. Esperamos, al fin, que en la